

CAPITULO V.

Marchar de acuerdo.

Han trascurrido algunos meses desde que tuvo lugar el diálogo que llevamos referido en nuestro capítulo anterior.

Willey acaba de entrar al gabinete de Duval, y con rostro risueño le dirige algunas palabras, que llevan la alegría al corazón del segundo.

Duval le estrecha la mano, y señalándole un asiento en el sofá, le dice respirando el mas alto placer.

—Pero ¿está vd. seguro, señor Willey, de que los conspiradores se reunirán en el sitio que me acaba vd. de decir?

—Segurísimo.

—¿Y de que concurrirán Nuñez y Leopoldo?

—Sí señor.

—Siendo así, todo se presenta como vd. se lo esperaba para deshacernos de ambos, sin necesidad de derramar sangre por nuestra propia mano.

—Sin duda: el gobierno se encargará de hacerlo al aprehender á los conspiradores.

—¿Y el pronunciamiento se trata de hacer solamente porque el actual gobierno está por la libertad de cultos y ataca las creencias católicas?

—Precisamente.

—Pero ¿vd. cómo ha llegado á saber el punto de que tratan en esas reuniones.

—Porque uno de los que conspiran me lo cuenta todo, creyéndome adicto á la causa.

—Magnífico.

—Así es que llegan á mis oídos hasta los mas ligeros incidentes que tienen lugar. Hace pocas noches que algunos de los conspiradores indicaron el temor de que se les acusase algun dia de haber promovido una

revolucion en los momentos solemnes en que los norte-americanos amenazan la independencia del país, y de haber introducido la desunion cuando el ejército marcha á defender las fronteras. “Yo no temo esa acusacion, contestó Nuñez, porque apelo á la conciencia de todos los ciudadanos. La religion es el núcleo salvador de los mexicanos: el lazo indivisible que les une en una sola familia, para defender compactos y como un solo hombre, los mas caros afectos del alma: la enseña levantada en Dolores para proclamar nuestra independencia: atacar, pues, á la Iglesia, como lo hace la actual administracion, es introducir la desunion en las familias, romper el lazo social que nos hace fuertes, introducir la duda y hacer menos odioso al enemigo extranjero que viene á combatirnos. El lazo religioso ha sido siempre fecundo en gloriosos resultados: él engendró en los pechos españoles rasgos de generosidad y de heroísmo, que echaron por tierra el poder colosal de Napoleon el grande. La inmortal Zaragoza no tenia ni espesas murallas ni soldados aguer-

ridos; pero tenia á todos sus habitantes unidos por el lazo sacrosanto de la religion; lazo fraternal que no exceptúa clases ni colores, que establece la verdadera igualdad en todos los individuos, y este lazo hizo inexpugnable aquella ciudad abierta que produjo en cada hijo un héroe, y en cada héroe un mártir de la patria. Sigamos, pues, ese noble ejemplo; combatamos el elemento disolvente que el gobierno ha iniciado; reunámonos al rededor del estandarte de las tres garantías que simboliza union, independencia y religion, y el triunfo es indudable. No olvidemos que nuestra conspiracion reconoce dos causas justas; el elemento de union en nuestras creencias religiosas, y arrancar á los seres que amamos de las garras de los que escudados con la tolerancia de los gobernantes han vertido la amargura en nuestros corazones.”

—¿Y cómo fueron acogidas esas palabras?

—Con frenético entusiasmo, con verdadero ardor bélico. Rafael, sobre todo, que se hallaba en la reunion, y á quien he hecho

creer que Luz no puede ser víctima sino de alguno de esos hombres á quienes los gobiernos que han subido al poder por la fuerza, están obligados á dispensar todas las consideraciones, exclamó: "Sí; es cierto: dos causas poderosas nos impelen á esta revolucion: el deseo de conservar incólume el lazo religioso que nos une, para presentarnos invencibles y fuertes ante el enemigo extranjero, y el afán de librar á la sociedad de un gobierno que tolera todas las iniquidades, y con el cual no hay seguridad en la familia."

—Bien; ese entusiasmo les perderá, y á nosotros nos proporcionará el triunfo.

—A no dudar.

—¿Y vd. ha dado los pasos necesarios para que la policía caiga el día señalado sobre los conspiradores?

—No: lo dejo hasta la última hora, para que nada se llegue á traslucir, y así sientan antes el golpe que el amago.

—¿Y esa hora está próxima?

—Mucho.

—Desde que dió vd. el golpe maestro so-

bre Flan, y consiguió vd. que las sospechas del asesinato recayesen sobre Félix, todo me parece fácil de realizar.

—Sí; todo está en la manera de conducir el asunto.

—El haber grabado vd. en el puñal el nombre del dependiente de D. Felipe, fué un pensamiento feliz.

—Y que lo grabé yo mismo, para que nadie pudiese algun día revelar el misterio.

—Por eso creo que el golpe que preparamos dará un feliz resultado, y con menos riesgo de nuestra parte.

—Sin duda.

—Así quedamos seguros de que Nuñez no llegue á revelar el secreto de que se hizo dueño la noche en que fuí á la Quinta á ver á nuestros aliados.

—¿Y de qué medios se ha valido vd. para obligarle á que no nos denuncie?

—Es largo el cuento, y se lo referiré á vd. cuando estemos mas tranquilos.

—Cuando vd. guste: ya sabe vd. que soy poco curioso con respecto á historias.

—Lo sé.

—Lo que nos interesa, es deshacernos de Nuñez antes que nos delate, como nos deshicimos de D. Felipe.

—Tiene vd. razon.

—¿Y cómo marcha el asunto de Félix?

—Perfectamente: cada dia se aumentan nuevas pruebas que le condenan.

—Es decir que lo sentenciarán á muerte.

—Y muy pronto.

—Hasta entonces no estaré tranquilo.

—Lo que es con respecto á ese asunto nada temo; y si el plan dispuesto contra Leopoldo y Nuñez nos da un resultado tan brillante, quedaré muy satisfecho.

—Puede vd. contar con que saldrá á medida del deseo.

—Con respecto á Clotilde, su enfermedad nos favorece, porque siendo vd., como es, quien está encargado de su curacion, y deshecho el obstáculo de Leopoldo, puede vd. persuadirla que debe arrojar de su mente la memoria de él, y premiar el intenso amor de mi alma, dispuesta á complacerla en todo.

—Nada descuidaré de cuanto pueda conducir á vd. al triunfo de su deseo.

—Y entonces, dueño al fin de su codiciada mano, nada nos podrá detener en México.

—Sí, es preciso abandonar lo mas pronto posible este país, donde vive uno en continuo sobresalto, y marchar á Europa á disfrutar de las riquezas adquiridas.

—Lo anhelo tanto como vd.

—Pues trabajemos con prudencia y sin descanso para conseguirlo.

Dijo Willey levantándose del sofá y tomando el sombrero para marcharse.

—¿Se va vd. ya, doctor?

—Sí, señor Duval. Vine á comunicarle á vd. lo que pasaba, y ahora voy á ocuparme en tomar las medidas necesarias para que Nuñez y Leopoldo no logren burlar la vigilancia de la policía, que caerá el dia en que yo la avise, sobre los conspiradores que estarán reunidos en una casa retirada.

—¿Y ese dia está próximo?

—Mucho.

—Perfectamente.

—Ya sabe vd. que no descuido nada.

--No se olvide vd. de venirme á comunicar todo lo que vuelva vd. á saber sobre el asunto.

--Tendré á vd. al corriente de cuanto ocurra. Adios, señor Duval.

--Adios, señor Willey.

Y el doctor salió pensando en los pasos que con mas seguridad podrian conducirle al logro del plan que habia dispuesto para deshacerse de Nuñez y de Leopoldo, en tanto que Duval quedaba entregado á las mas dulces esperanzas de alcanzar la posesion de la mujer que amaba.

CAPITULO VI.

El Santuario de Guadalupe.

Cuatro dias hace que vimos al doctor y á Duval entregados al diálogo que dejamos consignado en el capítulo anterior.

Las últimas sombras de la noche cedian su lugar á la clara luz de la rosada aurora, que se presentaba en el Oriente recorriendo el blanco cortinaje de su alcázar.

Pero ¿qué anuncian esos repiques y esos cohetes con que saluda la suntuosa ciudad de México la luz primera de la aurora? ¿Qué anuncia ese murmullo de la gente, esa animacion que se advierte por todas partes? Es que ha llegado el memorable dia en que se celebra la portentosa apari-